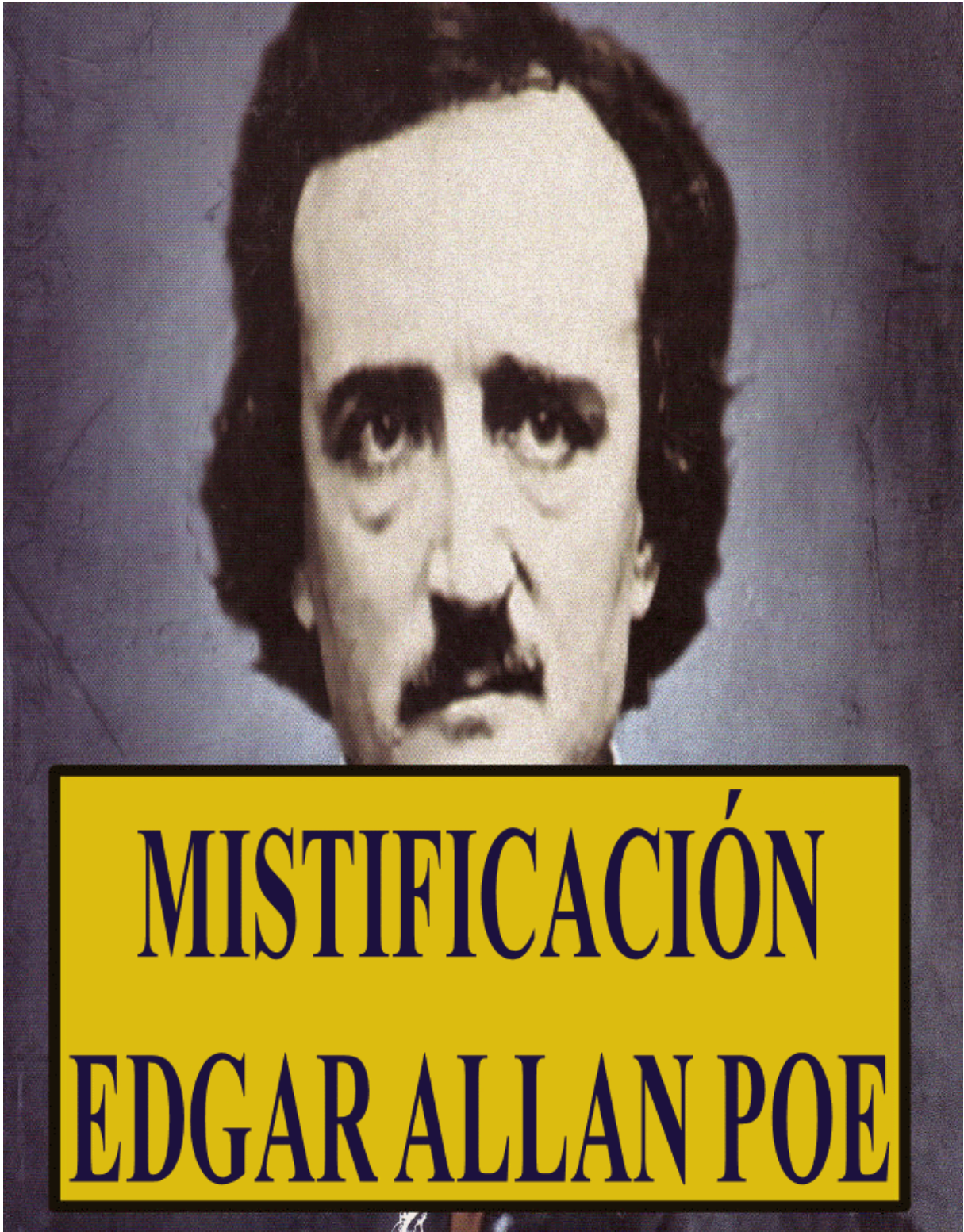


MISTIFICACIÓN  
EDGAR ALLAN POE



Digitalizado por **LIBRO**dot.com  
<http://www.librodot.com>

*¡Demonios! Si éstos son tus "pasos" y tus "montantes", no quiero saber nada de ellos.*

Ned Knowles.

El barón Ritzner Von Jung pertenecía a una aristocrática familia húngara, cuyos miembros (al menos hasta donde se puede comprobar con documentos antiguos y fidedignos) se habían destacado por esa suerte de *grotesquerie* de la imaginación, de la cual Tieck, uno de los descendientes, ha constituido un ejemplo, aunque no el más vívido. Mi relación con Ritzner comenzó en el magnífico castillo de los Jung, adonde me llevó una serie de extrañas aventuras que no quiero dar a publicidad, en los meses estivales del año 18... Fue allí donde me hice acreedor a su aprecio y donde, con algo más de dificultad, adquirí un conocimiento parcial sobre la conformación de su mente. Con posterioridad, ese conocimiento se hizo más estrecho, a medida que se profundizaba la amistad que le dio origen. Y cuando volvimos a encontrarnos en G...n luego de tres años de separación, sabía todo lo que necesitaba saber sobre la personalidad del barón Ritzner Von Jung.

Recuerdo los comentarios de curiosidad que su llegada despertó dentro del ámbito de la universidad la noche del veinticinco de junio. También recuerdo claramente que, si bien a primera vista todos lo calificaron de "el hombre más notable del mundo", nadie dio los fundamentos de su opinión. Tan innegable era que se trataba de un ser *singular*, que parecía una impertinencia preguntar en qué residía su singularidad. Pero dejando de lado este tema por el momento, me limitaré a observar que, desde el primer momento que puso un pie dentro del perímetro de la universidad, comenzó a ejercer sobre los hábitos, modales, personas, finanzas y preferencias de la comunidad entera una influencia tan amplia como despótica, y al mismo tiempo tan indefinida como inexplicable. Así, el breve lapso de su residencia en la universidad conformó una era en sus anales, caracterizada por todas las personas que pertenecieron a ella como "la extraordinaria época de la dominación del barón Ritzner Von Jung".

A su llegada a G...n, Von Jung fue a buscarme a mis habitaciones. Tenía una edad indefinida. Con eso quiero decir que era imposible hacer el menor cálculo sobre sus años a juzgar por los datos de su aspecto físico. Bien podía ser que tuviera quince o cincuenta, y lo cierto es que tenía veintiún años y siete meses. No era de manera alguna un hombre apuesto, sino más bien lo contrario. El contorno de su cara era un tanto angular y severo. Tenía frente alta y muy hermosa, nariz chata y ojos grandes, vidriosos e inexpresivos. Con respecto a la boca había más para observar. Los labios eran levemente protuberantes, y solía llevarlos apretados de una manera tal que es imposible pensar en ninguna combinación de rasgos, ni siquiera la más compleja, que transmitiera de manera tan total y única la idea de gravedad, de solemnidad y reposo.

Por lo que ya he dicho, podrá advertirse sin duda que el barón era una de esas anomalías humanas que se encuentran de tanto en tanto, y que hacen de la ciencia del absurdo el estudio y la ocupación de su vida. El sesgo especial de su mente le confería dotes instintivas para esta ciencia, mientras que su aspecto físico le daba grandes facilidades para llevarla a cabo. Creo fervientemente que, durante esa afamada época a la que tan insólitamente se define como la dominación del barón Ritzner Von Jung, ningún alumno de G...n consiguió develar el misterio que ensombrecía su carácter. Tengo la convicción de que nadie de la universidad, salvo yo mismo, lo consideró nunca capaz de hacer una broma, fuese un simple chiste verbal o una broma pesada. Antes hubieran acusado al viejo bull-dog del jardín, al fantasma de Heráclito o a la peluca del profesor emérito de teología. Y esto, siendo que era evidente que los más egregios e imperdonables trucos, extravagancias y bufonadas eran realizadas, si no directamente por él, al menos por su intermedio o connivencia. La belleza, por así decirlo, de su arte mystifique residía en su gran habilidad (producto de un conocimiento casi instintivo de

la naturaleza humana, y de un maravilloso aplomo) mediante la cual siempre daba a entender que las bromas que preparaba se producían pese a los esfuerzos que él hacía por impedir-  
las, y por preservar la dignidad y el orden de su universidad. La profunda, punzante y abrumadora mortificación que el fracaso de sus insignes esfuerzos dibujaba en todas sus facciones no dejaba la menor duda de su sinceridad en el ánimo hasta de sus compañeros más escépticos. No era menos digna de observación la astucia con que se ingeniaba para trasladar el sentido de lo grotesco del creador a lo creado, de su propia persona a los absurdos que originaba. Jamás, antes de este episodio, había visto yo que un bromista escapara a las naturales consecuencias de sus maniobras, es decir, que lo ridículo se traspasara a su propia persona. Envuelto de continuo en un clima de capricho, mi amigo parecía vivir sólo para las normas más estrictas de la sociedad; y ni siquiera las personas de su propia casa pensaron en asociar nunca el recuerdo del barón Ritzner Von Jung con otras ideas que las de rigidez y majestuosidad.

Durante la época de su estancia en G...n, daba la impresión de que el demonio del *dolce far niente* permanecía como un íncubo en la universidad. Al menos, no se hacía otra cosa que dedicarse a la comida, la bebida y el jolgorio. Los departamentos de los alumnos se habían convertido en igual número de tabernas, y ninguna de ellas era tan famosa ni tan concurrida como la del barón. Allí nuestras parrandas eran muchas, muy ruidosas y prolongadas, siempre llenas de incidentes.

En una oportunidad, habíamos prolongado la reunión casi hasta el alba, y se había bebido una desusada cantidad de alcohol. Los presentes eran siete u ocho, además del barón y yo. La mayoría eran muchachos de fortuna y de abolengo, orgullosos de su linaje e imbuidos de un exagerado sentido del honor. Abundaban en todos ellos las opiniones más ultragermánicas sobre el duelo. Estas ideas quijotescas habían recibido nuevos impulsos con ciertas publicaciones recientes aparecidas en París, así como por tres o cuatro lances con resultado fatal que habían ocurrido en G...n; por eso, durante casi toda la noche, la conversación giró, desenfrenada, alrededor del fascinante tema del momento. El barón, que durante la primera parte de la velada había estado insólitamente callado y abstraído, despertó por fin de su apatía, intervino en la conversación y se explayó sobre los beneficios —más especialmente sobre las bellezas— del código de etiqueta del lance caballeresco con tal ardor y elocuencia, con una vehemencia tan grande, que despertó el más cálido entusiasmo en sus oyentes y hasta en mí mismo, que sabía perfectamente bien que en el fondo él ridiculizaba las mismas cosas que en ese momento defendía, y más precisamente, y que sentía por toda la *fanfaronade* del duelo el desprecio que se merece.

Mirando alrededor en una de las pausas del discurso del barón (sobre el cual el lector podrá formarse una leve idea si digo que se asemejaba al estilo fervoroso, monótono y sin embargo musical del discurso sermonesco *de* Coleridge), noté en el rostro de uno de los presentes síntomas de algo más que un simple interés general. El caballero, a quien llamaré Hermann, era original en todo sentido, salvo quizás en el hecho de que era un reverendo tonto. Sin embargo, dentro de determinado grupo de la universidad se había hecho fama de profundo pensador metafísico, y de tener, creo, cierto talento para la lógica. Asimismo había adquirido gran renombre como duelista, incluso en G...n. No recuerdo exactamente el número de víctimas que cayeron a sus manos, pero eran muchas. Sin lugar a dudas, era un hombre valiente. Pero su mayor orgullo residía en su conocimiento íntimo de la etiqueta del duelo, y en el *refinamiento* de su sentido del honor. Estas cosas constituyeron una afición en él que llevó hasta la muerte. A Ritzner —que siempre andaba a la pesca de lo grotesco— esas peculiaridades ya le habían ofrecido desde hacía tiempo pasto para las bromas. Eso yo no lo sabía. Sin embargo, en este caso en particular me di cuenta de que algo andaba tramando mi amigo, y que el destinatario era Hermann.

A medida que el barón procedía con su discurso —o mejor dicho, su monólogo—, noté que iba creciendo la excitación de Hermann. Por último éste tomó la palabra, objetó un punto

sobre el cual Ritzner insistía y enumeró minuciosamente sus razones. El barón le respondió también en detalle, conservando su tono de entusiasmo exagerado, y terminando con un sarcasmo y una ironía que me parecieron de muy mal gusto. La afición de Hermann salió a la luz con todo su vigor, cosa que pude notar en el estudiado *fárrago* de su respuesta. Recuerdo claramente sus últimas palabras:

-Permítame que le diga, barón Von Jung, que sus opiniones, si bien en términos generales son correctas, en muchos aspectos constituyen un descrédito para usted y para la universidad a la que pertenece. Ciertos puntos ni siquiera merecen una refutación en serio. Más aún, me atrevería a agregar que, si no fuera por el temor a ofenderlo (aquí sonrió amablemente), diría que sus opiniones no son las que se pueden esperar de un caballero.

Cuando Hermann terminó esta equívoca frase, todos los ojos se posaron en el barón. Primero se puso pálido y luego muy colorado. Después dejó caer su pañuelo, y cuando se agachó para recogerlo pude vislumbrar en su cara una expresión que ninguno de los presentes alcanzó a verle. Era un rostro radiante, con la expresión burlona que constituía su carácter natural, pero que nunca le había visto adoptar salvo cuando estábamos a solas y él se permitía distenderse. Al instante se enderezó y enfrentó a Hermann; jamás había visto yo un cambio tan total de semblante en tan breve lapso. Por un momento hasta llegué a creer que me había equivocado, y que el barón obraba con seriedad. Daba la impresión de estar conteniéndose, y su rostro se había puesto de un blanco cadavérico. Se quedó un instante en silencio, al parecer tratando de dominar su emoción. Cuando por fin lo consiguió, tomó un botellón que tenía cerca, lo aferró con fuerza y dijo:

-El lenguaje que consideró apropiado usar para dirigirse a mí, *Mynheer* Hermann, es cuestionable en tantos aspectos, que no tengo tiempo ni deseos de especificárselos en detalle. Sin embargo, decir que mis opiniones no son las que pueden esperarse de un caballero es tan ofensivo, que me deja margen para una sola línea de conducta. De todos modos debo ser cortés con estas personas y con usted mismo, que son mis invitados. Tendrá que perdonarme, pues, que me aparte un poco de lo que es la conducta habitual de los caballeros en similares casos de afrenta personal. Discúlpeme por el moderado esfuerzo de imaginación que le impondré; le ruego que por un instante considere el reflejo suyo en aquel espejo como si fuera *Mynheer* Hermann en persona. Cuando lo haya hecho, no habrá la menor dificultad. Arrojaré este botellón de vino a la imagen del espejo, y así llevaré a cabo en espíritu, aunque no al pie de la letra, lo que debería hacer ante su insulto, evitando así ejercer violencia física contra usted.

Dichas estas palabras, lanzó el botellón lleno de vino contra el espejo que había frente a Hermann; golpeó con gran precisión la parte que reflejaba su imagen, y como era de prever, hizo añicos el cristal. Todos los presentes se pusieron de pie y se marcharon, a excepción de Ritzner y de mí. En el momento en que Ritzner se retiraba, el barón me pidió en susurros que lo siguiera y que ofreciera mis servicios. Acepté hacerlo, sin saber muy bien qué pensar de tan ridículo asunto.

El duelista aceptó mi ayuda en su estilo acartonado y ultra *recherché*, y, tomándome del brazo, me condujo a sus habitaciones. Me costó mucho no reírmele en la cara cuando pasó a comentar, con gran seriedad, lo que describió como "el carácter refinadamente peculiar" de la ofensa recibida. Luego de una aburridora arenga en su estilo habitual, bajó de la biblioteca una cantidad de mohosos volúmenes sobre el tema del *duello*, y me entretuvo largo rato leyéndome trozos de su contenido y comentándolos con convicción. Recuerdo el título de algunas de las obras: la Ordenanza de Felipe el Hermoso sobre el combate personal, el Teatro del honor, de Favyn, y un tratado sobre La autorización para los duelos, de Andiguier. También exhibió con gran ostentación las Memorias de duelos, de Brantome, publicadas en Colonia en 1666, con letra de tipo Elzevir, un volumen único y preciado, impreso en papel de vitela, con anchos márgenes y encuadernado por Derôme. Pero, con un aire de misteriosa sagacidad, me hizo reparar en un grueso volumen en octavo, escrito en latín bárbaro por un tal

Hedelin, un francés, que ostentaba el raro título *Duelli Lex Scripta, et non; aliterque*. De ahí me leyó uno de los capítulos más extraños relativo a las *Injuria per applicationem, per constructionem, et per se*, la mitad de lo cual, según me dijo, se aplicaba estrictamente a su caso "refinadamente peculiar", aunque juro que no pude entender ni una palabra de todo eso.

Al terminar el capítulo, cerró el libro y me preguntó qué consideraba yo que debía hacerse. Le respondí que confiaba plenamente en la gran delicadeza de sus sentimientos, y que aceptaría lo que él propusiera. Mi respuesta lo hizo sentir halagado, y se sentó a escribirle una nota al barón. Decía así:

Señor:

Mi amigo, el señor P..., le entregará esta esquela. Me veo obligado a requerirle cuanto antes una explicación de lo ocurrido esta noche en sus aposentos. En caso de que declinara este pedido, el señor P... tendrá el agrado de arreglar, con la persona que usted designe, los pasos previos a un encuentro.

Con el más profundo respeto, su humilde servidor,

JOHAN HERMANN Al barón Ritzner

Von Jung,

18 de agosto de 18...

Al no saber qué otra cosa podía hacer, llevé a Ritzner esta epístola. Cuando se la entregué hizo una inclinación, y con semblante serio, me indicó que tomara asiento. Luego de leer el texto, escribió la siguiente respuesta, que luego llevé a Hermann:

Señor:

Por medio de nuestro común amigo, el señor P..., he recibido su mensaje de esta noche. Luego de reflexionar, admito con franqueza lo adecuado de la explicación que usted sugiere. Habiéndolo reconocido, sigue resultándome sumamente difícil (debido al carácter *refinadamente peculiar* de nuestra desinteligencia, y de la afrenta personal que le infligí) expresar lo que tengo que decir para disculparme de modo de satisfacer las minuciosas exigencias y los variados matices de este caso. Sin embargo, confío plenamente en la suma delicadeza de discriminación, en temas vinculados con las normas de la etiqueta, por la cual se distingue usted desde hace tanto tiempo. Por lo tanto, con la certeza de ser comprendido, no expresaré mis propios sentimientos, sino que me remitiré a las opiniones de Sieur Hedelin, tal como las expone en el noveno párrafo del capítulo sobre *Injuriae per applicationem, per constructionem, et per se*, de su obra *Duelli Lex Scripta, et non; aliterque*. La sutileza de su discernimiento en todas las cuestiones allí tratadas bastarán, estoy seguro, para convencerlo de *que la mera circunstancia de que yo lo remita* a ese admirable capítulo debe satisfacer su pedido de explicaciones en tanto hombre de honor.

Con la expresión de mi más profundo respeto, su obediente servidor,

VON JUNG

Al señor Johan Hermann, 18 de agosto de 18...

Hermann comenzó la lectura de la carta con expresión adusta, que lentamente fue transformándose en una sonrisa de la más ridícula vanidad cuando llegó al galimatías sobre las *Injuria per applicationem, per constructionem, et per se*. Al terminar de leer, me rogó con la más amable sonrisa que tomara asiento, mientras él se remitía al tratado en cuestión. Buscó la página indicada, leyó con sumo cuidado en voz baja, cerró el li-

bro y luego me solicitó, en mi carácter de amigo íntimo del barón Von Jung, que lo elogiara por su conducta caballeresca, y le asegurara que la explicación ofrecida era de carácter tan

honorable como satisfactorio.

Un tanto desconcertado por esto, regresé a los aposentos del barón, quien recibió la amistosa carta de Hermann como si tal cosa. Conversó conmigo unos instantes, se dirigió a una habitación interior y regresó luego trayendo el insigne tratado *Duelli Lex Scripta, et non; aliterque*. Entregándome el tomo, me pidió que leyera una parte de él. Eso hice, pero de nada me sirvió pues no pude comprender ni una palabra. Tomó entonces él el libro y me leyó un capítulo en voz alta. Cuál no sería mi sorpresa cuando me di cuenta de que lo que leía era el relato más absurdo y horrible de un duelo entre dos mandriles. Procedió luego a explicarme el misterio, mostrándome que el volumen, contrariamente a lo que parecía *prima facie*, estaba escrito siguiendo los versos disparatados de Du Bartas; es decir, las palabras habían sido ingeniosamente colocadas para que presentaran todos los signos exteriores de inteligibilidad, y hasta de profundidad, cuando de hecho no existía ni el más mínimo atisbo de sentido. La clave consistía en leer una palabra de cada tres, con lo cual aparecía una serie de ridículas bromas sobre un combate realizado en nuestros tiempos.

El barón más tarde me informó que se las había ingeniado para que Hermann conociera el tratado dos o tres semanas antes de la aventura, y que por el tono de su conversación se dio cuenta de que lo había estudiado con suma atención, y creía a pie juntillas que se trataba de una obra de desusado mérito. Basándose en este indicio procedió a actuar. Hermann habría muerto mil veces antes que reconocer su incapacidad para comprender cualquiera de los escritos que existen en este mundo sobre el tema del duelo.